

la ví bendecirme cuando mi partida, y tal como ninguna criatura ha dejado impresa en mi mente su celestial imágen, excepto otra solamente. Pero dime, ¿no han sufrido ninguna mudanza sus hermosas facciones? El tiempo, el prolongado destierro, sus cuidados, sus zozobras, la rudeza del clima, ¿han pasado sobre ese rostro sin dejar en él huella alguna como tampoco la dejan en el cielo? ¿Conserva su mirada ese tierno y dulce rayo que comunicaba á nuestras frentes una impresion de grato calor? ¿Se ve todavía en sus pálidos y amorosos labios esa sonrisa siempre moribunda y siempre naciente? ¿Tiene aún su frente esa ligera y pensativa arruga que besábamos ambos, oh hermana mia, para disiparla, cuando su alma, recogida de noche en el jardin, contemplaba melancólica nuestros juegos? ¿La ausencia y los prolongados sinsabores no han aclarado sus negros cabellos, ó encanecido sobre su frente esos dos sedosos bucles que ceñían sus sienes reflexivas? ¿Conserva todavía su voz ese grato timbre argentino, esos acentos halagadores que nadaban en sus labios, de los cuales brotaba y resonaba nuestro nombre con tanta ternura que mi mente cree oirlo á menudo? ¿Te estrecha aun contra su seno como solia cuando lo tenia demasiado henchido? ¿Te prodiga, hermana mia, sus caricias piadosas por mañana y noche con la misma vehemencia que ántes? ¿Sientes aun, al descansar tu frente sobre sus rodillas, esos celestiales éxtasis que á nosotros descendian?....

Mi cariño te interroga con inquietud, porque su letra, que estaba yo tan acostumbrado á leer, podría engañar el ojo de un hijo con las escasas palabras añadidas á tu carta; yo casi hubiera dudado, si la mano que trazaba los caracteres no se hubiera revelado en ellos. Pero tal vez me dirás: «¡Eso son aprensiones tuyas!» Podrán serlo; mas para la vista de un hijo tanto tiempo privado de contemplar á su madre, todo es aprension y miedo; quiere encontrarlo todo tal como era en una cabeza tan querida! ¡El menor trazo de la pluma ¡oh! todavía le representa á su madre, y si advierte en el escrito algun asomo de desfallecimiento, recela y teme que alguna mudanza haya alterado tambien el corazon; que esos caracteres vacilantes, que sus ojos estudian, revelen en el fondo tristeza ó achaques! ¡Asegúrame que esa alteracion de su mano no era más que la tierna emocion de la dicha!

.....

Ahora, menester es que mi pluma describa la mirada agreste en que Dios quiere que yo viva. Me decís que necesitais saber dónde podreis encontrarme cuando vuestro corazon désee pensar en un hijo ó un hermano, á fin de que, al buscarse, nuestras almas reunidas recorran los mismos senderos, vivan con la misma vida. ¡Oh ángeles ausentes! Seguidme con la vista: voy á daros una idea de la casa y de estos parajes.

En una de las verdes mesetas de los Alpes de Saboya, oasis cuyas vías interceptan por completo las rocas, donde la mirada aterrada del hombre no ve sino abismos sobre su cabeza y abismos á sus piés, la naturaleza extendió algunas estrechas pendientes, donde el granito retiene la piedra entre sus hendiduras, y á duras penas permite que germine en ellas algún árbol y que el hombre arañe y siembre algo en la tierra. Inmensos castaños de largas ramas encaraman sus troncos por las peñas hendidas, dejando pendiente su ramaje sobre oscuras simas, como suele pender el girasol de las paredes ruinosas; las doradas mieses, los bosques como un punto negro, y los lagos que reflejan el cielo como un espejo; el reducido prado protegido por su sombra, en el que pastan cabritos y asnos, rodea los troncos de corta y fina yerba, cuyas aterciopeladas matas humedecen mil intrincadas corrientes, y durante la primavera, que aquí no es más que una fugaz sonrisa, embalsaman con sus flores el viento que las respira. Circundan el horizonte grandes montañas de nevadas crestas, cual muro de cristal de mi elevada prision, y cuando sus picos serenos salen del seno de las tempestades, dejan ver un reducido espacio de cielo azul sobre nuestras cabezas.

En este aislamiento no resuena otro rumor sino el producido por las voces de algunos niños, el balido de alguna cabra ó el mugido de alguna ternera que

han descendido al barranco, y á cuyos pasos despiden sus vibraciones las esquilas suspendidas de su cuello; los sonidos del *Angelus* nocturno, que padres é hijos escuchan con la cabeza descubierta, y el sor-do resuello de las cascadas de espuma, al cual acaba por acostumbrarse el oído, y que, difundido entre estos ruidos del desierto, parece el incansable bajo de un concierto eterno.

Las casas encaramadas al azar bajo los árboles, están diseminadas por do quiera formando caseríos, y parecen haber brotado del seno de la tierra, juntamente con los árboles y las rocas, sin plan ni método alguno; los pobres habitantes, dispersados por el espacio, no necesitan disputarse ni el sol ni el terreno, y cada cual tiene la puerta de su vivienda mirando á poniente, bajo su respectivo roble y lo más cerca posible del campo que labra. De unas á otras hay sendas en las cuales se desgasta la pesada pezuña de los bueyes, y todas ellas convergen hácia la iglesia, cuyo camino han abierto el bautismo y la muerte á todos esos piés humanos de doscientos años á esta parte.

La iglesia descuella aislada al extremo del cementerio, con sus paredes gruesas y bajas, rodeadas de verde hiedra, y sus zarzas subiendo á modo de escalas y festones, hasta el espeso bálago que le sirve de frontispicio. Sólo se distingue esta santa cabaña por el mayor abandono en que se halla el pequeño cam-

po que la circunda, en el cual, el suelo de las tumbas, cultivado por la muerte, sólo presenta una ó dos ligeras eminencias elevadas todos los años, y cubiertas en breve de malvas y ortigas, primeras flores que brotan siempre de nuestras cenizas, así como por el humilde campanario que sobresale entre los demás tejados, y que da á los cuatro vientos para esparcir por ellos su voz.

Mi morada está junto á ella; es una casita aislada, velada al medio día por la sombra de la iglesia, y al norte por los troncos de los nogales que ocultan su acceso á los ojos de los transeuntes. Forman sus paredes trozos de granito sin labrar, tales cuales los han rodado las ondas; y estas piedras irregulares, ennegrecidas por la intemperie, están todavía cubiertas de su musgo nativo; la siempreviva, la menta, y esas flores parásitas, que la lluvia arraiga á las paredes decrepitas, suspenden en ellas por do quiera sus penachos flotantes, haciéndolas reverdecen como un prado al llegar la primavera. Tres ventanas cobijadas bajo la techumbre, dos de ellas abiertas á levante y la otra á poniente, practicadas en la pared como nidos iguales, dan paso á los primeros y á los últimos rayos del sol. El tejado, que sobresale de la pared lo menos una toesa, tiene por tejas pedazos y losas de pizarra, en cuyos rebordes se posan las palomas azules, y bajo los salientes aleros anidan las golondrinas. Para resguardar este tejado de los temporales, hay

puestas grandes piedras en su caballete, y haciendo ondear las tejas y las vigas, oponen su peso á los embates del huracan.

Aun cuando se halla situada á bastante elevacion en la cumbre de una sierra, su horizonte es muy limitado; adosada á la vertiente de un estrecho cerrillo, sólo se divisa desde ella una oblícua cañada que parece abrirse un momento como un lago de verdura para dar á la huerta espacio y vegetacion, y volviendo á adquirir en seguida su declive y estrechándose más y más, desciende con los montes de barranco en barranco. De suerte que todo cuanto veo se reduce á los oscuros troncos de los nogales, una pared de cenicientas rocas, la yerba de mi huerta, las desnudas paredes de la iglesia y el cementerio con sus hoyos y su cruz.

Pero ¡cómo compensa la naturaleza, á los ojos del poeta y del pintor, el espacio negado al horizonte, con la vida, con el movimiento de este paisaje! Una cascada cae cual frio y blanco manto al pié de la casa y á lo largo de la roca, donde juega con el viento cuyo soplo la inclina y con la luz cuyos cambiantes rayos parecen desarrollarse entre sus plateadas redes, hasta que rota en su caída por las agudas puntas de las peñas, va á suspenderse á modo de rocío sobre las hojas del huerto. Siendo ligera, no produce ese ruido sordo y tonante del caudaloso torrente que rueda despeñado; tan sólo emite un quejido intermiten-

te y dulce, según que tropiece con el musgo ó con la piedra, que el viento suave ó impetuoso la azote contra sus paredes, le preste ó la prive ó le comunique más voz. En los sonidos desiguales que modula su onda, cada suspiro del alma se articula como una nota: arpa siempre vibrante, de cuyos acordes arrancan el viento y las aguas cantos siempre nuevos, y en cuyas extrañas notas se cree oír de noche el aire sonoro rozado por las alas de los ángeles. Ahora ya tienes á la vista mi horizonte; mañana traspondrás, hermana mia, mi pobre umbral.

.....

CARTA A SU HERMANA.

(Continuacion.)

Valneige, 3 de Mayo de 1798.

Un patio le precede, rodeado de una cerca en la que hay una puerta de cañizo sin cerradura; gallinas, palomas, dos cabras y mi perro, portero de una vivienda abierta en la cual no custodia nada, que jamás embiste y que nunca ladra, sino que olfatea al pobre y le acoge con alegría; gorriones que suben y bajan del tejado; golondrinas que pasan rasando el pilon donde bebe el cisne; todos estos huéspedes, amigos del umbral que los reúne, familia del ermitaño, viven aquí juntos y en paz: los unos tendidos á

la sombra en un rincón de césped, los otros tomando el sol arrimados á la pared; estos lamiendo la sal junto á ella; aquellos picoteando en otra parte la yerba ó la paja; tres colmenas al mediodía bajo sus techumbres; al norte un ancho pozo cuya enmohecida cadena ha alisado el brocal y que una parra rodea con el verde encaje de sus pámpanos: hé aquí todo el cuadro. Una escalera de siete peldaños, sonora, vacilante, conduce á la meseta, resguardada por un cobertizo del viento y de la nieve y por las mallas de una añosa hiedra; allí, colgados durante el día de un clavo, mis pájaros domésticos cantan para recrearme.

Hasta aquí, gracias al paisaje, al cielo y á la naturaleza, tu dulce y fraternal mirada contempla con gusto esta pintura; tu tierna ilusion dura todavía; mas ¡ay! si quieres conservarla, ¡oh hermana, no entres!... Pero no, no quiero tener secretos para vuestros dos corazones: ¿acaso podré avergonzarme ante vosotras de mi miseria? Entrad, no lamenteis mi rica pobreza: ¡estas paredes no sienten su fria desnudez!

Ante todo, ved el asilo de nuestros quehaceres cotidianos, donde se enciende el hogar y Marta hila; Marta, mueble viviente de la santa casa, que siguió en otra época á su anciano amo á la cárcel; pobre criatura, arraigada á estas paredes por espacio de treinta años, participando de su próspero ó de su adverso hado; que me sirve sin salario y solo por honra

de Dios, cuidando á la vez de la casa rectoral y de la iglesia, y que viendo la imagen del Señor en su amo, cree acercarse al cielo viviendo cerca del sacerdote; algunas vasijas de barro, de madera ó de estaño, en las que se ve brillar la mano cuidadosa de Marta; en la mesa sobre un mantel blanco, un pan negro del cual se lleva cada mendigo una rebanada; racimos de uvas que Marta pone á secar y que adornan el techo con sus pámpanos verdes todavía, poniendo amarillos la savia, aun en el corazon del invierno, sus granos de ámbar.

De este salon rústico se pasa á mi aposento, cuyas paredes dan á occidente; ya sabes que yo siempre he tenido cierta predileccion por el crepúsculo, que mi alma un poco triste necesita luz, que el dia entra en mi corazon por mi pupila, y que siendo todavía muy jóven me gustaba beber con los ojos esos postreros fulgores que se extinguen en los cielos. La silla en que me siento, la estera en que duermo, la mesa en que te escribo, la chimenea en que arde un tronco, mi breviario encuadernado de pergamino, mis gruesos zapatos claveteados, mi baston, mi sombrero, mis libros confusamente amontonados en su estante, y las flores con que adornamos el altar los domingos, constituyen todo el mueblaje y el adorno de este recinto.

¿Todo? ¡Oh, no! Olvidaba su mejor ornamento que descuellá aislado en mi pobre chimenea; el crucifijo

con los brazos abiertos y la cabeza inclinada, esa imagen de madera del Señor á quien sirvo, amigo celestial, único que me puebla estos desiertos; que, cuando mi mirada le contempla á todas horas, me dice lo que puedo esperar en esta áspera mansion, y, recibiendo á menudo mis lágrimas á sus piés, enjuga mis ojos haciendo que resplandezca en ellos su paz. Tú conoces ese crucifijo; es el mismo que mi madre aplicó á los labios de mi padre en su agonía; el mismo que, más adelante, teñí á mi vez con la pura sangre de un mártir en un dia memorable; aun conserva las huellas de otros labios, y ¡Dios sabe con cuánta piedad lo abrazo!

.....

.....

CARTA A SU HERMANA.

(Continuacion.)

Valneige, 4 de Mayo de 1798.

Tal vez desearás saber de qué vivo aquí: muchas veces lo he deseado saber yo tambien. Pero la Providencia es grande para el hombre y para el pájaro: la voluntaria ofrenda del pié de altar, esas almas que, buscando una voz para orar, á falta de ángel, nos entregan su humilde óbolo, los enlaces que bendigo, los niños que bautizo, esos diezmos de la prosperidad que

se destinan á la iglesia, algunos fondos que el obispo envia á sus curas, el jardín, la huerta, un pequeño prado, las castañas, las nueces, unos rinconcitos de tierra que labro yo mismo alrededor de mi morada, bastan ámpliamente para mí, para Marta y para el perro; en nuestra frugal mesa no carecemos de nada, la leche de mis ovejas, el vino blanco de mis parras, el fruto de mis manzanos, la miel de mis abejas, todo abunda; aquí amasamos el pan para el indigente, y Marta siempre tiene un poco de dinero en el armario. ¿Quién me había de decir que un poco de oro me causaría tanto placer? Pero no lo necesito; tomadlo; os lo envío!...

CARTA A SU HERMANA.

(Continuacion.)

5 de Mayo de 1798.

¿Y ahora quereis saber, ángeles míos, en qué me ocupo de la mañana á la noche? ¿Por medio de qué insensible y monótona cadena se enlazan los días formando la semana? ¡Ah! Cada hora lo sabe bien cuando ha terminado. Antes de rayar el día la campana me arranca del lecho; al escuchar el sonido de su vibrante voz paréceme oír al ángel que ahuyenta el sueño de mi mente y le entrega la carga que ha de

llevar durante el día; convoco ante el altar á los vecinos, ancianos, niños, algunas piadosas mujeres, en una palabra, los que sienten más sed de Dios en sus almas. Rodéanme de rodillas formando un reducido círculo, y el Dios de los humildes descende hasta nosotros. ¡Cuántos suspiros perciben la santa aurora y sus bóvedas divinas exhalándose del pecho, cuántas aspiraciones levantándose del suelo! ¡Y cuán dulce es, oh hermana mía, pensar que todos estos pesos del corazón aliviados por tan solemne hora, vuelan al cielo envueltos en sus propios suspiros; que á cuantos los exhalan deparan en su lugar un santo don, gracia, amor, misericordia, paz ó perdon; que uno mismo es el incensario en que arde todo este incienso y el canastillo lleno en que el pan que circula cual símbolo familiar del celestial alimento, va á nutrir á todo este pueblo con el trigo más puro!

En breves frases explico la palabra divina: á este pueblo campestre le gusta la parábola, poema evangélico, en el que cada verdad se hace imagen palpable por su sencillez. Cuando he celebrado el santo sacrificio, instruyo á los niños, convirtiéndome en su nodriza, pues les doy gota á gota la leche de una instruccion tierna y sencilla, que les agrada. Terminada mi ocupacion matinal, vuelvo á mi casa, y me siento un momento á la mesa coronada de frutos y de leche, como el viajero que se detiene á la mitad de la jornada para cobrar aliento; luego paso

el resto del día en mis campos, entregado á esos ejercicios corporales que esparcen el ánimo, ya abriendo con el azadon un terreno duro, ya sembrando la cebada cuya germinacion apresurará un breve estío; ya segando la yerba madura del prado para mi rubia ternera; ó bien extendiendo sus haces para que se ponga amarilla, ó regando cada planta á la hora oportuna; porque esta tierra reclama á la vez el sudor de la frente y el sudor del alma del hombre. Al anochecer, cuando cada pareja regresa de su trabajo, cuando el pastor reúne y cuenta su ganado, voy de puerta en puerta con el breviario en la mano, al azar y sin objeto determinado, segun me conducen mis pasos, deteniéndome más ó ménos en cada umbral, diciendo alguna palabra cariñosa á las mujeres y á los niños, llevando á todas partes un poco de bálsamo que alivie los sufrimientos, á los cuerpos algun remedio, á las almas la esperanza, un secreto al enfermo, un adios á los que parten, una sonrisa á cada cual y á todos una palabra de Dios.

De este modo paso el día sin que me parezcan largas las horas; pero cuando me recojo solo en mi pobre morada, cuando cierro la puerta y cuando la noche ha acallado todo ruido, excepto el de mis sienes, ¡ah, hermana mía! entónces es cuando mi alma lacerada siente todo su mal, y manando sangre da vueltas á sus pensamientos, como se da vuelta en vano á un calenturiento en su lecho; entónces es

cuando me asedia una imagen ú otra, cuando os apareceis vosotras, madre y hermana mías, con todo cuanto contribuye á amargar la ausencia, con vuestras facciones tan dulces, con vuestras suavísimas voces, con vuestras palabras, caricias y besos de otro tiempo, siendo tan vehemente el recuerdo de ese pasado, que os tiendo los brazos, que mi alma me lleva hácia vosotras y al seno de otro fantasma querido, que creo volver á veros, á hablaros, á tocaros, y que al encontrar el vacío en mi derrador, mi corazón parece caer desfallecido y aplastarse contra el suelo. Entónces, para arrancar de mí á la fuerza esa ilusion, para desprenderme de los dientes de la serpiente que me muerde, abrasada la frente, pegado junto á mi mesa de roble, procuro sujetar mi espíritu como con una cadena á esos libros desgastados por mis ojos y en los que la luz de mi lámpara palidece al alumbrarme.

Cual espíritu de duda y de soledad, abrume mi razón á fuerza de estudio y ciencia. Unas veces examino esos restos que la historia ha dejado, como pasos casi borrados de los siglos ya muertos, procurando encontrar en ellos los vestigios de un camino, ese hilo vano que se rompe entre las manos de la duda, ese prolongado designio de Dios que conduce á los humanos, que hace de sus movimientos el lodo de los caminos, disipa su imperio y su fé como un sueño, los eleva sobre su propio monton de escom-

bro, y convierte el dogma y el tiempo, que parece no ha de tener fin, en simple escabel del oscuro porvenir. ¡Pero este hilo se enreda entre mis manos á cada momento en el enigma de Dios que llena cada página; el eterno movimiento de las cosas y de los espíritus no es para nosotros más que polvo y ofuscación; el misterio del tiempo se consume en la sombra; la mirada infinita no es propia de los ojos humanos, y ante Dios, oculto en su fatalidad, nuestra sola ciencia es nuestra humildad!

Otras veces, cansado de sondear esas oscuras maravillas, entrego á los santos bardos mi alma y mis oídos; escucho con el corazón esos coros melódicos que, rompiéndose en tierra al caer de los cielos, estallaron en las arpas á modo de suspiros inmortales y los cantaron para divinizar sus lamentos. ¡Oh! ¡Esos hombres son la voz de la humanidad! Las palabras armoniosas se coordinan á su elección, como á una señal de Dios se ordenan sus obras y vibran en música ó brillan en imágenes; sus versos tienen ecos ocultos en nuestro corazón; infunden en las mentes cavilosas esa muelle languidez, ese opio divino, que en vano pretende apurar en su vaso el soñador Oriente, siempre afanoso de éxtasis; en cambio, á ellos les lleva el ángel del Señor á los altares, para embriagarse de Dios, de ensueños inmortales! Ellos vierten gota á gota en mi alma enternecida su tierno deliquio celestial fantasía; mi ensueño, hijo de los suyos,

los sigue, y así como una voz que canta arrastra otra voz tras sí, mi labio apaga su sed en las oleadas de sus enajenamientos, y, sorprendido, canta con ellos tristezas.

Con más frecuencia aun, postrado por mi aflicción, me consuelo leyendo la *Imitación de Jesucristo*, libro oscuro y sin nombre, humilde vaso de arcilla, pero lleno hasta los bordes de los jugos del Evangelio; libro que en pocas palabras proporciona al corazón sediento caudalosos raudales de cordura divina y humana; al cual acude cada alma para aplacar su sed, se inclina y absorbe gotas del sudor de Jesucristo en su ruda prueba; encuentra en él, según la ocasión, la pesadumbre ó el esfuerzo, ora la leche del seno ó bien el pan del fuerte, y bebe su filosofía en las lágrimas del Redentor, al pié de la cruz en que el hombre ingrato le crucifica.

De esta manera, leyendo, orando y escribiendo alternativamente, ya con el corazón demasiado lleno y rebosando amor, ya golpeando mi pecho sin que brote de él onda alguna, no encontrando sino heces en el fondo de todo cáliz, mirando el humo que se desprende de mi vacilante lámpara, bañando con mis lágrimas las sábanas que estrujo entre mis dientes y comprimiendo mi angustia entre sollozos ahogados, llega un momento en que toda la sangre afluye de golpe al corazón, y fijando entónces en la cruz una mirada más llena de consuelo, abriendo las dos ven-